

LAICOS EN LA HUELLA DE SAN BENITO

ENTREVISTA A JOSÉ MANUEL EGUIGUREN, FUNDADOR DEL "MOVIMIENTO APOSTOLICO MANQUEHUE"

El Movimiento Apostólico Manquehue (M.A.M.) es un movimiento de laicos nacido en Chile hace aproximadamente diez años. A partir de 1987 sus miembros se afiliaron corporativamente a la abadía benedictina de Ampleforth, Inglaterra, que le ha otorgado un estatuto con el nombre de "Oblatos de Manquehue".

Actualmente consta de alrededor de ciento cincuenta miembros, hombres y mujeres, separados en comunidades de más o menos diez personas, que una vez a la semana se juntan a meditar la Palabra de Dios. Además realizan una importante labor apostólica en Santiago, a través de los Colegios San Benito y San Lorenzo y de otras actividades en el ámbito social y pastoral de la Iglesia. También consta de una rama inglesa, formada en su mayoría por ex-alumnos del Colegio de la abadía de Ampleforth, que están dispersos por distintas universidades:

Tal vez lo más trascendente del M.A.M. es que todo su quehacer descansa en una de sus comunidades, cuyos integrantes, después de un largo proceso, han optado por la vida comunitaria, rezan el Oficio Divino en coro y se rigen por la Regla de San Benito, desempeñándose sin embargo en el mundo, sin perder su calidad de laicos. Han elegido como patrono al abad cisterciense san Elredo de Rieval.

Hemos tenido ocasión de compartir con la comunidad San Elredo la oración de Sexta, digna y hermosamente cantada en la capilla del Colegio San Benito, y de conversar después con el Sr. José Manuel Eguiguren, casado y padre de cinco hijos, fundador y actual responsable de este movimiento centrado en la meditación de la Sagrada Escritura, el rezo del Oficio Divino y el estudio de la Regla de San Benito. Las páginas que siguen reproducen en forma aproximada el coloquio que sostuvimos en aquella ocasión:

1. Señor Eguiguren, ¿cuándo y cómo nació el Movimiento Apostólico Manquehue?

— *Para explicar la creación o nacimiento del M.A.M. tendría que ir atrás en el tiempo y adentrarme en mi propia experiencia de Dios.*

En los primeros años de la década del 70 yo tenía una vida muy agitada, pero en la cual, salvo algunos momentos de alegría, no lograba una respuesta plena a las más profundas inquietudes que surgían en mí. Mi relación con Dios me venía por tradición, cultural y familiar y no por una experiencia personal. Mi búsqueda se fue extendiendo hacia sensaciones más fuertes, lo que con el tiempo me provocó una grave crisis existencial, en la cual me sumergía más y más, sin percibir ninguna salida o explicación.

Entonces conocí providencialmente al P. Gabriel Guarda, osb, actual abad del monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile, a quien pedí una entrevista. En ella le expuse, angustiado, todas mis inquietudes. Sorpresivamente para mí, sin hablarme, el Padre sacó una Biblia y apoyado en ella me contestó cada uno de los cuestionamientos y problemas que yo le había planteado. Durante la conversación fui experimentando que al buscar una solución a mi angustia, alguien se acercaba a mí con la luz suficiente para mostrarme el camino. Con el tiempo comprendí que era Jesús resucitado, el que por gracia venía a rescatarme de la oscuridad, y que con su Palabra le daba sentido y vida a mis cosas.

A partir de ese primer encuentro dejé todas mis actividades ordinarias y durante un período de tres años fui casi todas las mañanas al monasterio de Las Condes, en donde el P. Gabriel me instruía en la Palabra de Dios. En las tardes me encerraba, gastando prácticamente todo mi tiempo entre la meditación de la Biblia y el rosario.

2. Hasta aquí se podría hablar de un proceso de conversión personal. ¿Cómo apareció en Ud. la vocación apostólica?

— Después de un largo tiempo de oración y meditación con el P. Gabriel sentí el impulso de trabajar en algo relacionado con la educación. Me dirigí a mi ex-Colegio de los Sagrados Corazones de Manquehue, solicité una entrevista con el P. Rector de ese entonces y le ofrecí la posibilidad de trabajar en algún tipo de academia extra-programática orientada hacia la historia. Por circunstancias muy especiales se me nombró encargado de la preparación para la confirmación de un grupo de veinte alumnos de último grado. No quise aceptar, ya que no me sentía preparado, pero al parecer la voluntad del Señor era que lo hiciera y así comencé mi primer trabajo apostólico. En un comienzo fue muy difícil, ya que mi experiencia pedagógica era nula, hasta que en una de las reuniones decidí, a la luz de algunas lecturas bíblicas, explicarles a los jóvenes cómo la Palabra de Dios había actuado en mi vida. Esto provocó cierto impacto y algunos jóvenes sintieron que en la Palabra también había una respuesta para ellos. Así fuimos adentrándonos en un trabajo más profundo con la Sagrada Escritura.

Cuando terminó el período de preparación a la confirmación se me acercaron algunos de los recién confirmados con un grupo de amigos de otros colegios, a pedirme que continuaríamos como un movimiento de acción católica.

Luego de un tiempo de organización y de tentativas de definir cuáles serían nuestros objetivos y qué es lo que haríamos tuvo lugar el hecho que podría llamarse el inicio o la fundación del Movimiento Apostólico Manquehue: la primera comunidad se juntó para meditar la Palabra de Dios el 29 de mayo de 1977, día de Pentecostés, fijándose como "día del Movimiento" el 27 de diciembre, fiesta de san Juan Evangelista.

3. ¿Le cupo alguna participación a la Iglesia de Santiago en la formación del Movimiento?

— Nos propusimos firmemente actuar siempre en estrecha comunión con el Obispo y fue así como antes de dar inicio a la comunidad solicitamos un encuentro con el arzobispo de Santiago de aquel entonces, Cardenal Raúl Silva Henríquez. Este, luego de escuchar atentamente lo que nos proponíamos, nos exhortó a seguir adelante, dándonos un impulso y apoyo que fue fundamental en ese momento. Dos años más tarde el Sr. Cardenal ratificaba este apoyo por medio de una carta en la que nos decía: "Veo en este Movimiento, que hoy nace oficialmente en la Iglesia de Santiago, la acción del Espíritu Santo, que sopla donde quiere, suscitando en cada época santos, profetas, órdenes religiosas, movimientos apostólicos que muestran la vitalidad de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica".

Con esto el Movimiento sintió una gran vocación a incorporarse en las actividades de la pastoral de la Iglesia, cosa que no hemos dejado de hacer durante todos estos años y que se ha convertido en una de nuestras características, ya que, por la espiritualidad laical que tenemos, no nos autoabastecemos sino que dependemos del Obispo y de su presbiterio en cuanto a nuestra vida sacramental y a nuestra orientación pastoral.

4. *Volviendo al Colegio de los Sagrados Corazones de Manquehue, ¿qué pasó con su trabajo y cuál fue la participación del nascente Movimiento?*

— Mientras se desarrollaba la idea del Movimiento continué mi trabajo en las confirmaciones y el Rector, Monseñor Alfonso Puelma Claro, me nombró encargado de Pastoral del Colegio, lo que implicaba la formación de mil setecientos alumnos aproximadamente.

Este trabajo abarcó dos áreas: por un lado intentamos darle importancia y un renovado impulso a la formación doctrinal a través de nuevos programas de religión y, por otra parte, organizamos actividades extra-académicas de tipo deportivo, cultural y de acción social, destinadas a reforzar el espíritu de fe de los alumnos. Además algunos miembros del Movimiento fueron nombrados monitores de confirmación y otros formaron comunidades de meditación con los jóvenes de quince y dieciséis años. También hubo constantes salidas con gran parte del alumnado a retiros y jornadas, muchos de los cuales se realizaron en el monasterio benedictino de Las Condes.

Este trabajo duró hasta fines de 1979 y mirando hacia atrás lo veo como una gran experiencia que, dentro de las inevitables limitaciones, tuvo la virtud de impulsar a una gran cantidad de jóvenes hacia la búsqueda de Dios.

5. *Una vez alejado del Colegio Manquehue, ¿cómo prosiguió el Movimiento?*

— Por diversas circunstancias se hizo conveniente que el Movimiento se independizara del Colegio Manquehue. Fue un tiempo difícil y surgió la necesidad de conseguir una casa que sirviera de sede para proseguir nuestras actividades. Ante las dificultades algunos de sus miembros se retiraron, pero otros se organizaron en tal forma que en marzo de 1980 teníamos una casa arrendada y mantenida por donaciones mensuales.

Fue un tiempo en que no teníamos nada. Sólo la convicción de que teníamos un llamado de Dios sostenía algo que humanamente no tenía destino ni sentido. ¿Por qué se seguía meditando? ¿Qué movía a estos jóvenes a estar en algo que aparentemente no era nada, sin mayor orden, sin un camino claro a seguir? Fue un tiempo de confianza inmensa en que Dios nos mostraría el camino.

Fue en este tiempo cuando contraí matrimonio. Mi mujer, Luz Cosmelli Pereira, era en ese momento catequista itinerante del Camino Neocatecumenal, que fuera fundado hace algunos años en España por Kiko Argüello. Este acontecimiento, lejos de frenarme en el camino que el Señor me había dado, me impulsó con más fuerza y radicalidad en lo que ya estaba haciendo en el Movimiento.

Y fue precisamente a través de mi mujer como vino la llamada de una parroquia de los Padres Asuncionistas; los cuales, además de proporcionarnos una sede, nos encargaron de una serie de apostolados parroquiales, como la acción social en una villa poblacional, la preparación a las confirmaciones, la dirección y formación de los monaguillos y la representación de la parroquia en la Vicaría de Pastoral Juvenil.

Esto produjo un nuevo crecimiento en el número de miembros, pero por sobre todo se comenzó a avanzar en lo que se refería al compromiso de las personas, algunas de las cuales entregaban gran parte de su tiempo en labores del Movimiento, combinándolas con sus estudios universitarios. También se consolidaron las comunidades de meditación en las que las personas comenzaron a vaciar su vida para llenarla de la fuerza de Dios.

6. Ud. actualmente es Rector del Colegio San Benito. ¿Cómo formó este colegio y en qué se basa su labor educativa?

— Mientras se estaba trabajando en la parroquia supe que algunos matrimonios jóvenes querían que fundáramos un colegio dentro de la línea espiritual del Movimiento, para matricular a sus hijos en él. Esta inquietud ya me la había planteado yo mismo desde algún tiempo. Le pedí consejo al P. Gabriel Guarda, quien me sugirió escribir a la abadía de Ampleforth, con la intención de visitar su Colegio, lo que, gracias a su rector, el P. Dominic Milroy, osb, pude hacer en 1981. Al año siguiente y gracias al apoyo de mi padre y de dos ex-compañeros de curso del colegio, recibimos a los primeros niños en el Colegio San Benito. Este acontecimiento lo veo como central en el Movimiento, ya que confirmó la fuerte vocación educativa de algunos de sus miembros, como se había vislumbrado en sus comienzos. La tarea consistía en crear un espacio en donde el niño aprendiese a escuchar al Señor, de tal forma que Dios no fuera alguien ajeno, sino parte fundamental de su vida.

Esto se logró en gran medida gracias al trabajo de los miembros del Movimiento a través del sistema llamado tutoría. Este sistema se basa en una entrega de la Sagrada Escritura como Palabra de Dios, no como materia que hay que pasar en clase, sino como Palabra viva que llama a los niños y los lleva al conocimiento del Señor. El éxito de este proceso está basado en la amistad real que debe desarrollarse entre el tutor y el niño. El tutor debe amar al niño desinterés-

sadamente y llevarlo al Señor, mostrándole un Dios que es amor y que está vivo y operante y debe hacer todo para que no se repita en nuestros niños lo que le sucedió al ministro de la reina de Etiopía cuando le dijo a Felipe: "¿Cómo voy a entender lo que dice esta Escritura si nadie me hace de guía (Hch 8,31)?"

En los niveles superiores el tutor se transforma en profesor jefe, lo que implica una presencia permanente en gran parte de los ámbitos en que le toca desenvolverse al niño. Así lo puede guiar mejor y le puede enseñar que la fe no es algo ajeno a lo que le toca vivir todos los días, sino que, al contrario, le da sentido y lo ayuda a trascender su quehacer estudiantil y a mejorar sus relaciones con los demás.

Junto con esto y como complemento fundamental está la formación académica en la religión a través de sus clases regulares. En ellas los alumnos reciben el conocimiento para poder argumentar con bases sólidas acerca de Dios y su Iglesia. Creemos que estas generaciones se verán enfrentadas a difíciles cuestionamientos en el futuro, por lo que nos interesa que conozcan cabalmente su fe, a través de programas que enfatizan el aspecto "doctrina de fe". No evaluamos su testimonio, sino su cultura religiosa. Por otra parte, el hecho de que los niños tengan una vivencia de Dios, los hace interesarse de una manera distinta por las clases de religión.

7. ¿Cómo se fue gestando la relación con la espiritualidad benedictina y específicamente con la Regla de San Benito?

— Esta relación se fue dando lentamente. Hechos concretos, con la fuerte mano de la Divina Providencia, nos fueron acercando hacia la Regla de San Benito.

El origen de todo provino de mi relación con el P. Gabriel Guarda, por quien fui conociendo algunos aspectos del espíritu de san Benito y también fui conociendo monjes de su Orden.

Cuando escribí al P. Milroy pidiendo información acerca del Colegio de Ampleforth me envió el folleto "La educación según la Regla de San Benito", escrito por él, lo que me hizo fijarme más en esta Regla, aunque sin entender todavía lo que había más allá de su sentido obvio.

A raíz de mi primera visita a la abadía de Ampleforth comenzó a darse una relación más profunda con la espiritualidad benedictina. Como dije anteriormente viajé a dicho monasterio antes de iniciar nuestro Colegio de San Benito, con la idea de conocer un Colegio de tradición benedictina. Al momento de llegar descubrí que, más que una visita por motivos escolares ello era una fuerte experiencia espiritual. Era como sentir una comunión en un camino que por mucho tiempo había sido de gran soledad. Esto se tradujo en un fortalecimiento del Movimiento. Desde ese año cada visita a la abadía de Ampleforth era un ir a buscar la fuerza y la energía del Señor.

Así, a partir de esa ya lejana primera visita, se fue gestando una verdadera amistad espiritual. Por un lado yo iba a dar retiros a niños de Ampleforth y por otro me aconsejaba con diferentes monjes acerca del camino benedictino y del M.A.M.

En 1982 tres sucesos marcaron este acercamiento a san Benito:

- En algunas comunidades del Movimiento se comenzó a meditar la Palabra de Dios, orientándose por el capítulo IV de la Regla de San Benito sobre los "Instrumentos de las Buenas Obras", lo que constituyó el primer uso oficial de la Regla en el Movimiento.

- Conocí al P. Columba Cary-Ehwe, osb, monje de Ampleforth, fundador del monasterio de St. Louis, Missouri, EEUU, quien tuvo gran influjo en mí y le dio mayor vigor a lo benedictino dentro del Movimiento.

- Un tercer hecho fundamental fue el impulso que me dio mi mujer para seguir la línea benedictina y dejarme guiar por la Regla de San Benito.

En 1985 recibimos la visita del P. Timothy Wright, osb, director de estudios religiosos del Colegio de Ampleforth, el que por iniciativa propia hizo un extracto de la Regla para el Movimiento, el cual se editó y se difundió entre todos los miembros.

En 1986 también nos visitó el P. Dominic Milroy, osb, que, aparte de contactarse con distintas autoridades de la Iglesia de Chile, recibió las primeras promesas solemnes de miembros del Movimiento y se las llevó al P. Abad de Ampleforth, donde están archivadas. Estas promesas se inspiraban en la Regla de San Benito, orientándose por los consejos de estabilidad, obediencia y conversión de costumbres y con énfasis en las prácticas de oración.

Por otra parte, yo había pedido al Abad de Ampleforth dom Patrick Barry, osb, tres cosas: la oración de la comunidad monástica por el Movimiento, el consejo de la abadía al responsable y a sus sucesores y la posibilidad de enviar miembros del Movimiento por temporadas a recibir formación en el monasterio. Esto se concretó de manera formal en 1986, por medio de una carta enviada por el P. Abad, asegurándonos estos tres puntos.

Ese mismo año, en mi visita a Inglaterra el P. Abad envió al P. Dominic Milroy, junto conmigo y con el secretario general del Movimiento, Manuel José Echénique, a Roma para solicitar una audiencia con el Cardenal Pironi, Presidente del Consejo para los laicos. Este fue extremadamente deferente con nosotros y nos dijo: "Sigán manteniéndose muy fieles a la Iglesia, unidos profundamente a nivel de Obispo diocesano, con espiritualidad benedictina". Para mí esta fue una palabra determinante y ella nos decidió definitivamente a introducirnos de lleno en las enseñanzas de san Benito y a dejarnos guiar por su Regla.

El año 1987 nos visitó el P. Abad dom Patrick Barry, osb, el que a su vuelta a Ampleforth nos mandó una carta en la que nos otorgaba el estatuto de Oblatos, afiliados corporativamente a aquella abadía, con lo que quedó sellada nuestra relación con la Orden de San Benito.

8: ¿Pero cómo aplican una regla, que es esencialmente monástica, a laicos?

— El P. Dominic Milroy nos dijo en una conferencia que "lo más sobresaliente de la Regla de San Benito en el campo de la vida comunitaria es que su terminología podría ser traspuesta fácilmente a un tratado sobre el matrimonio, la

familia o la vida en comunidad urbana". A partir de esto comenzamos a meditar la Regla en su totalidad, incluyendo los párrafos que no se aplican generalmente en la actualidad en algunos monasterios. Esto nos fue mostrando el criterio con que san Benito fue construyendo la Regla, lo que nos permitió avanzar por un determinado camino, no sólo en los aspectos de la Regla, sino en muchos otros que ahí no se mencionan.

Esto hace que el hecho de que la Regla haya sido escrita para monjes no nos cause ninguna contradicción, porque nosotros, más que aplicar determinados preceptos, vamos aplicando un criterio para resolver los distintos asuntos que van surgiendo y es en ese sentido en el que nuestra intención es conocer la Regla de manera muy profunda, para permanecer lo más fieles que sea posible a su espíritu.

Para mí es clarísimo que no se pueden tomar sólo algunos aspectos de la Regla y olvidarse de otros, porque con eliminar solamente un párrafo ya estaría dejando de percibir el criterio total con que san Benito escribió la Regla. Así, en cosas tan concretas como el orden familiar, la educación de los niños, la relación de pareja, la vida en comunidad, el sentido del trabajo, las horas de levantada y de acostada, etc. se pueden ir tomando decisiones prácticas guiados por el espíritu de san Benito.

9. ¿Cómo se fue gestando la comunidad de San Elredo y cuáles son las bases sobre la que está asentada?

— Desde un comienzo todo el Movimiento se basó en reunirse una vez a la semana a meditar la Palabra de Dios en comunidad. Así, partiendo de los fundadores, cada grupo que se formaba pasaba a pertenecer al Movimiento en la medida en que se juntara a meditar.

En un principio las meditaciones no tenían mayor orden, en el sentido de que se leía la Biblia y cada uno decía lo que le parecía. Sólo después de algún tiempo se fueron haciendo más formales. Esto transformó cada meditación en una búsqueda profunda de la voluntad del Señor. Cada integrante de la comunidad se preguntaba qué era lo que el Señor quería de él, cuál era su vocación y cómo entregarse más a Dios. Algunos, frente a esto, optaron por renunciar a este camino, pero otros siguieron adelante, cuestionando toda su existencia. Dando respuesta al llamado, sintieron al igual que yo años antes, que todo lo que hicieran en sus vidas tenía que ser a partir de la Palabra de Dios, que en ella estaba la respuesta a su búsqueda. Esto a su vez provocaba una necesidad de oración, que se expresaba principalmente en tres formas: el oficio divino, la oración como producto de la meditación de la Biblia y el rosario.

Algunos integrantes del Movimiento comenzaron a cumplir en forma periódica estas oraciones, por lo que se empezó a organizar la oración, para que no sólo fuera sistemática, sino también comunitaria.

Luego se formó una comunidad de personas célibes que estaban discerniendo su posibilidad de una entrega absoluta al Señor. Estos se unieron en torno a la oración del Oficio Divino cantado en coro y organizando su vida bajo la Regla

de San Benito. Esto le dio estabilidad al grupo y un camino definido por el que avanzar. Como la mayoría de sus integrantes trabajaban en el Colegio San Benito, estaban casi todo el día juntos, lo que fue creando una gran unión dentro de este grupo. Producto de la oración, esta comunidad fue creciendo en amor, buscando la verdadera amistad en la que por encima de las limitaciones del hermano se es capaz, no sólo de aceptarlo, sino de amarlo y llegar con él a una entrañable unidad en el Señor. Como en las obras del abad san Elredo de Rieval se encontraba admirablemente ilustrado este camino, se llegó a elegirlo a él como patrono. Así la comunidad San Elredo se estableció en una casa propia, con la estructura propia de una organización benedictina.

10. ¿Cómo se expandió el Movimiento desde Chile a Inglaterra?

— Después de mi segundo viaje a Ampleforth algunos jóvenes ingleses me manifestaron su deseo de venir a Chile y conocer el Movimiento. En 1983 llegaron los dos primeros ex-alumnos de Ampleforth, Timothy Jolley, actual responsable del Movimiento en Inglaterra e integrante de la comunidad San Elredo, y Nicholas Duffield, quien más tarde se sumó a los Oratorianos de San Felipe Neri.

Estas visitas fueron haciéndose más numerosas y en estos jóvenes se fue mezclando una verdadera tradición benedictina, producto de su educación, con una fuerte experiencia de la Palabra de Dios, debido a su integración al Movimiento en Chile. Esto los llevó, a su vuelta a Inglaterra, a formar pequeños grupos en diversas universidades (Cambridge, Oxford, Durham, New Castle, etc.), dando origen al Movimiento en ese país.

11. ¿Qué importancia tiene la acción social dentro del Movimiento Apostólico Manquehue?

— La acción social nació por iniciativa de algunos de los fundadores del Movimiento, los que ya en el Colegio Manquehue desarrollaron un intenso trabajo en el Campamento Tabancura. Luego, en la parroquia de los PP. Asuncionistas, se realizó una acción de apoyo espiritual a través de los cursos de preparación a la primera comunión y a la confirmación, y a través de la organización de varias comunidades de reflexión de la Palabra en la Villa San Luis.

Pero la acción social del Movimiento alcanzó su real dimensión en el momento en que nos hicimos cargo del Campamento Guanacos, en la comuna de Conchalí. En este lugar se unían la pobreza espiritual con la material y por lo tanto se requería un trabajo enfocado a todos los niveles, con distintos tipos de actividades. Formamos grupos de meditación con niños, jóvenes y adultos, se organizaron un policlínico y unos talleres de trabajo para dar empleo a algunas personas. Intentamos crear un tipo de organización entre los pobladores y por último organizamos campañas masivas de ayuda material que urgentemente se necesitaba.

A pesar de todo este esfuerzo veíamos que cualquier trabajo que realizáramos no bastaba, ya que el problema era mucho más profundo y requería soluciones radicales, no sólo ayudas aisladas. Así nació la idea de formar un colegio

que, junto con educar a los niños, pudiera canalizar todas las otras actividades que estábamos realizando; nos interesaba ayudar al niño, pero sin perder de vista su entorno familiar y la comunidad en que vive.

Una vez aceptada la idea, nos encontrábamos con que la posibilidad de llevarla a la práctica era tremendamente difícil, por dos motivos: por un lado había que financiar un colegio que se pensaba como gratuito para los alumnos y en que el aporte del gobierno no era suficiente para lo que nosotros queríamos hacer; por otro lado había que encontrar un lugar físico para instalarnos. Nosotros no teníamos nada, salvo la vocación para seguir adelante. Comenzamos a golpear puertas y gracias a la gran acogida de las autoridades del sector y al aporte desinteresado de algunos particulares que creyeron en nosotros, pudimos poner en marcha el Colegio San Lorenzo, en marzo de 1986, en una pequeña sede social de la comuna. Hoy tenemos allí cerca de ciento ochenta niños, divididos en tres niveles, que además de educación reciben alimentación y ayuda social para sus familias.

Al igual que en un comienzo, dependemos absolutamente de la voluntad del Señor, ya que estamos subsistiendo al día, gracias a campañas y aportes de distintas personas. Pero si nos proyectamos hacia adelante, dadas las necesidades que vamos a tener que satisfacer, nos encontramos con que la sede donde estamos es muy pequeña para recibir más alumnos, por lo cual se hace urgente construir nuestro propio edificio. Por otro lado, los gastos aumentan año a año, con la entrada de nuevos niños.

Esta dependencia del Señor nos hace seguir adelante, confiando en que podremos ir cumpliendo esta importante labor con la gente más necesitada.

*Monasterio de San Benito de Llíu-Llíu
Cas. 501 – Limache
Chile*

Mauro MATTHEI, o.s.b